

CONSEJO

No confíes en mí —murmuró la joven con una sonrisa burlona en sus labios. Lo observó un momento. Después se dirigió hacia la salida del salón sin volverse.

Erick la siguió con la mirada mientras cruzaba el jardín. Ella no le prestó atención, se limitó a caminar con aire digno al encuentro de una niña en el otro lado del jardín. Él quedó tan sorprendido como la tarde anterior.

Erick tenía quince años aquel otoño. Había llegado a la ciudad días atrás. La tarde anterior, él y su madre habían vuelto a pelear. No solían tener discusiones como ésa, pero Erick era muy obstinado. No quería vivir con su abuelo ni allí ni en ningún otro sitio. Él había nacido en aquella población tranquila y llena de suburbios, el único lugar que habría podido llamar hogar, pero había vivido en tantos sitios que no podía tomarlo como tal.

Su madre, por supuesto, no quiso oír ni una sola palabra, como las últimas veces. Permaneció impasible e inquebrantable. Iba a tomar el tren hacia la capital al día siguiente. No había otra opción.

En un ataque de ira, Erick había salido de la casa para dejar atrás los gritos de su abuelo y los razonamientos de su madre. Caminó por las calles con aire ausente, perdido en su enfado. Para él, aquélla era una ciudad aburrida y monótona,

de esas que son fáciles de olvidar, apenas conocidas, y aun así llamadas «ciudad» por el número de habitantes.

Era un día gris. El cielo estaba poblado de nubarrones que tapaban el sol y profetizaban una tormenta. El aire era húmedo y pesado, y la atmósfera, aplastante, como si el cielo estuviera a punto de desmoronarse. Erick caminó durante mucho tiempo por las calles de la ciudad, brillantes ya por lluvias anteriores. De vez en cuando se topaba con alguna persona que lo miraba de manera antipática. Seguro que los adolescentes no caminaban mucho por la calle, probablemente no había nada que hacer en ese sitio.

Se arrepentía de haber gritado a su madre, pero ella siempre se las ingeniaba para dar la vuelta a las cosas. Le había dicho que con sus caprichos no la ayudaba, que él sabía lo importante que era ese trabajo para ella, que no era tan difícil apoyarla en aquello, que necesitaba de él y que ésa era la única manera, a menos que quisiera irse con su padre. A Erick no le desagradaba su padre, pero no se podía vivir con él. Era imposible. Aunque no fue eso lo que le había molestado.

Ella le decía que no ayudaba. ¡Él no hacía más que ayudar desde que era niño! Su madre estaba siempre trabajando y él debía encargarse de sí mismo y de la casa, todos los días. Era cierto que ella lo alimentaba y pagaba todas sus clases y... ¿por qué tenía que tener razón?

El típico viento frío de otoño comenzó a soplar, se llevó las hojas ya naranjas de los árboles y alejó también la pesadez en que se había hundido la calle. Pero Erick no lo notó. Fue, finalmente, un trueno lo que lo sacó de su ensimismamiento. Miró hacia el cielo, una gota le cayó en la mejilla. Muchas otras gotas la siguieron. Erick comenzó a correr en busca de un lugar donde refugiarse. Ojalá no volviera a caer un rayo, ya tenía suficiente con estar empapado hasta los huesos. El viento soplaba cada vez con más fuerza, pero eso no lo mo-

lestaba, lo que no podía soportar era la acera encharcada que hacía que resbalara.

¡Sí que tenía suerte! No parecía haber un solo lugar bajo el cual resguardarse de aquella lluvia infernal. Ahora ya no había nadie en la calle y él estaba mojado y tenía frío. ¡Qué suerte! No sólo se arrepentía de haber gritado a su madre justo el día en el que ella se iba, sino también de haber salido con tan claros presagios de tormenta. ¿Es que acaso no podía pararse a pensar?

Ya sabía que una de sus cualidades y, a la vez, un defecto, era el arrojo con el que hacía todo. ¿Acaso no podía pensar las cosas antes de hacerlas? Tan metido iba en sus pensamientos que resbaló por fin y cayó sobre un charco. Si alguna parte de su cuerpo permanecía seca, seguro que en aquel instante ya no.

—Mierda —masculló con enfado creciente, y eso que ya hacía rato que se le había pasado el enojo.

Una ráfaga de viento frío sopló con más fuerza, haciendo que se estremeciera. Levantó la vista porque había sentido que alguien lo observaba.

Se encontró con una joven que lo miraba. A diferencia de él, ella llevaba un paraguas sobre la cabeza y tenía puesto un uniforme escolar: la falda de color vino tableada y hasta las rodillas, los zapatos negros, empapados, al igual que las calcetas blancas, la blusa blanca cuyo cuello y puños sobresalían del saco, también de color vino. Una mochila negra colgada de su hombro cerraba el conjunto y le daba una apariencia fiel de colegiala.

Su cabello era una cortina espesa, lacia y larga, de un color parecido al chocolate en polvo que Erick solía tomar con leche cuando era niño. Tenía unos grandes ojos grises, en los cuales, cerca de la pupila, el iris tomaba una tonalidad verde azulada. Eran magnéticos, parecían una ventana de su alma.

Erick quedó hipnotizado, no fue capaz de ignorar su mirada. Tuvo la sensación de que la lluvia caía cada vez más despacio, que el aire soplaba con menos ímpetu y frialdad, casi de forma agradable, suave y armónica. Una atmósfera de lentitud, casi soporífera, se estableció entre y alrededor de ambos jóvenes. Aquel entorno les resultó totalmente natural, como si pertenecieran a ese extraordinario estado y lo hubieran esperado desde siempre.

Una serie de escalofríos recorrió el cuerpo de Erick. Parecía que la tierra temblaba suavemente bajo sus piernas y que el pavimento era ahora un líquido viscoso en el que se hundía poco a poco. El tiempo se detenía y la lluvia —cuyas gotas parecían de plata líquida— se aclaraba. El cielo estaba brillante, los nubarrones habían desaparecido, pero no había sol, únicamente luz. Una luz blanca que llegaba de ninguna parte y que sólo los alumbraba a ellos.

Ahí quedaron los dos jóvenes, que se observaban en medio de la nada. Una fragancia impregnó el aire. Era un perfume que Erick creía haber oído antes, lo embriagaba y mareaba ligeramente.

¿Por qué tienes miedo?

La voz se internó en su mente. Estaba llena de fuerza, cosa que no ocultaba cierto nerviosismo. Erick creyó, también, que la había oído antes, en algún lugar. En sueños, tal vez. No estaba seguro. Sólo sabía que no podía apartar la mirada de la joven. Le era imposible.

De pronto, sin previo aviso, sin ruido ni luz que lo anunciara, un coche pasó a toda velocidad por la calle. Alzó una ola de agua helada que cayó sobre Erick, quien se sacudió con enfado.

Cuando por fin dirigió la mirada a la otra acera descubrió que la joven había desaparecido. Erick se quedó entonces anonadado, sentado sobre el charco de agua, goteando, y con la lluvia aún cayendo sobre él.

No regresó de aquel ensueño hasta minutos después. «¿Qué demonios pasó?», se preguntó sin esperar respuesta. Ágilmente se levantó y miró a su alrededor buscando un signo de la muchacha. Cruzó la calle corriendo, caminó en la dirección que llevaba la joven y giró la esquina.

Nada. No había rastro de la extraña por ningún lugar.

La evocó, y al recordarla un nuevo escalofrío lo recorrió. Decidió, rendido, que lo mejor sería regresar a casa. Quién sabe qué hora sería, mejor volver de una vez. El único problema era que no sabía dónde estaba.

Fue un hombre huraño y de rostro curtido quien le señaló el camino. Erick chocó con él de repente. Parecía salido de la nada. ¡Lo único que le faltaba! Aun así, preguntó dónde se encontraba, mientras observaba, algo inquieto, los ojos de aquel hombre. Eran ambarinos, color más propio de un gato que de un hombre, según su opinión, y que le causaron incomodidad, una horrible incomodidad, como si el hombre fuera a atacarlo en cualquier instante.

No perdió tiempo. Una vez que tuvo la respuesta se alejó lo más rápido que pudo. Al parecer había dado vueltas en círculos, pues estaba a sólo una cuadra del hogar de su abuelo. ¡Genial! Seguro que hubiera podido hallar el camino solo, se reprochó.

Caminó hasta la casa, delegando a la parte trasera de su mente al hombre de ojos raros, a la chica y su misterio. No tardó mucho en reconocer las casas que lo rodeaban. Aquel hombre tenía razón al verlo como un extranjero loco.

Bufó antes de tocar el timbre. Le abrió su madre. No parecía preocupada ni alterada porque él hubiera estado fuera tanto tiempo.

—¿Se te pasó el enfado? —preguntó en un tono carente de emoción, tras hacerse a un lado para dejarlo pasar.

Él se alzó de hombros.

—Será mejor que te bañes, si no te vas a enfermar. Ya ma-

ñana irás a la escuela, con gripe o sin ella —comentó la mujer.

Erick la miró y asintió. Todos decían que se parecía a su madre, pero estaban equivocados. Tal vez compartieran el cabello castaño oscuro y la forma de la cara, incluso algunos gestos. Pero, como su madre no se cansaba de repetir, él se parecía a su padre. Tenía los mismos ojos verdes, la misma complexión y, al parecer, pronto tendría también su estatura.

Aun así, Erick sabía que, secretamente, su madre creía que él había heredado todo lo demás de ella, desde la inteligencia hasta el exagerado sentido del orden. Él no pensaba así, no era tan compulsivo como su madre en lo que al orden y al trabajo se refería.

Cuando, media hora después, bajó a la sala, su madre terminaba ya de alistar todo.

—No lo olvides, papá —le decía su madre a un hombre de edad—, vendré cada mes, no te preocupes por la comida entonces. Y asegúrate de que Erick bañe a su gato. Tengo que advertirte, papá, que ese animal no come comida para gatos, sólo unos preparados especiales que se compran en el supermercado. Erick suele comprarlos con su dinero, así que no te preocupes.

Erick se quedó pegado a la pared mientras oía a su madre. Lo trataba como si aún fuera un niño. No era la primera vez que se quedaba con el abuelo, solía hacerlo un par de semanas al año. Lo único nuevo sería que ahora tendría que vivir allí un año entero.

El profesor había entrado junto con los alumnos y todos se apresuraron a ocupar sus puestos. Erick regresó a la realidad de la clase con ese pensamiento dando vueltas en su mente. «Un año entero.» De inmediato dirigió su mirada hacia la segunda fila, cerca de la ventana. Minutos antes había estado

de pie allí. Ahora en ese sitio estaba sentada una niña de cabello color chocolate y perturbadores ojos grises perdidos en la ventana.

«Ojalá voltee», pensó. Quería volver a ver sus ojos, quería que ella al menos le diera a entender que lo había visto la tarde anterior. Dirigió la mirada al pizarrón, aunque no dejó de observar de soslayo a la joven.

Matemáticas. El profesor había escrito una ecuación en el pizarrón y pedía sin mucho ánimo que alguien le dijera cómo resolverla. A Erick le gustaban las matemáticas, las entendía, y sólo por eso valía la pena asistir a clase. Lo único malo era que muchos de sus últimos profesores no parecían dispuestos a enseñarlas de alguna forma divertida o siquiera interesante.

De pronto algo llamó su atención. Desvió sus ojos de los garabatos de tiza y miró hacia la ventana, hacia ella. La joven de cabello chocolate se había dado la vuelta; tal vez había sentido su persistente mirada, quizá sólo estaba pidiendo algo a su compañero de atrás, el punto fue que, entonces, sus miradas se cruzaron.

La sorpresa volvió a brillar en los ojos grises. Él sólo la observó distraído y sin saber bien qué hacer. Ella le lanzó una sonrisa nerviosa que lo confundió más.

—¿Qué miras?

Erick giró abruptamente hacia su compañera de banca. Se llamaba Marissa, tenía un rostro ovalado, su cabello era ondulado y castaño claro, prácticamente rubio. Una mueca se había formado en su boca rosa y perfecta.

—Pues... —contestó, sin saber qué decir. Ni siquiera tenía idea de cómo se llamaba la chica.

Marissa miró hacia la ventana, sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro.

—¿Quién es? —preguntó por fin Erick. Señaló con suavidad a la joven que había observado antes. La mueca en la

cara de Marissa cambió. Su amiga parecía ahora muy confundida.

—Nadie —contestó sin ánimo antes de añadir—: Se cree mejor que todos porque tiene uno o dos años menos que nosotros. Tiene catorce, no cumple los quince hasta abril y debería ir un curso más abajo, pero como no tiene problemas con el nuestro está aquí. —Movi6 la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, y para mostrar que el tema la incomodaba—. Siempre est6 sola, no le gusta tener amigos —coment6—. A veces est6 con Sofía. Pero, claro, t6 no sabes qui6n es Sofía. Ya ver6s c6mo te cae bien. Son primas, ¿sabes?

—¿C6mo se llama? —insisti6. Marissa movi6 con incomodidad el cabello. Guard6 entonces silencio y volvi6 a su cuaderno.

En aquella escuela, Erick s6lo conocía a Marissa. Sus madres habían sido amigas y los habían presentado en una de las muchas visitas a la ciudad. Por eso sabía ya que a Marissa no le gustaba aquella clase, no era muy buena y trataba de poner atenci6n.

—Irene —murmur6 a media voz para que s6lo Erick la oyera. No levant6 la cara del cuaderno, s6lo solt6 el nombre al aire—. Se llama Irene.

Erick volvi6 a dirigir la mirada hacia la ventana. Irene. No se atrevía a hacer m6s preguntas a Marissa. Parecía concentrada en la ecuaci6n y comenzaba a molestarse, lo había notado en su tono de voz.

Neg6 con suavidad y gir6 la cara al pizarr6n para ver c6mo varios alumnos resolvían de distintas formas aquel problema. Irene. No podía sacarse de la cabeza el recuerdo de la tarde anterior. Había sido perturbador, s6, pero ella s6lo era una chica m6s. Seguro que la lluvia había distorsionado todo...

Pero, aun as6, aquel nombre seguía sonando en su cabeza. Había pensado que ella era una visi6n hasta que lleg6 a la es-

cuela esa mañana. Tenía que saber más de ella. No era sólo un capricho, aquello empezaba a intrigarlo. ¿Qué ocultaba esa chica?

Aquella mañana todo había sucedido muy rápidamente. Había llegado a la escuela con caminar perezoso y lento. No tenía muchos ánimos de comenzar el colegio de nuevo. Además, había tenido que preguntar a varias personas dónde se encontraba su aula. Algunos se habían reído y habían seguido caminando. Otros lo habían mirado de pies a cabeza varias veces antes de susurrar algún comentario entre sí y alejarse. Sólo cuando había encontrado a Marissa pudo llegar a su clase.

Aquella escuela era, sin duda, un caos y, además, le había tocado una de las aulas más apartadas. Al parecer sólo había dos formas de llegar: por una red de pasillos o por un camino que cruzaba varios jardines y rodeaba el edificio principal por la derecha.

En un jardín, entre dos edificios, había varios árboles; según Marissa en esa parte de la escuela estaban las aulas para dos grados distintos: a la derecha, las de la generación de Erick y, a la izquierda, las del curso inferior. Eso explicaba que hubiera muchos alumnos hablando y riendo por el jardín.

Se quedó de pie mirándolos. Fue entonces cuando varias personas pasaron junto a él. Corrían a toda velocidad entre risas y gritos y Erick creyó reconocer entre las niñas el cabello color chocolate que había visto la tarde anterior. Su dueña estaba de espaldas, de modo que bien podía ser cualquier otra niña. Parpadeó varias veces para convencerse de lo que veía, pero antes de que pudiera averiguar algo Marissa lo empujó hacia el aula. La campana sonaba.

Erick, como solía hacer, se quedó junto a la puerta, esperando al profesor. Sacó de su mochila un pedazo de papel que su madre le había entregado. Aquello sucedía cada año:

siempre llegaba a la escuela cuando las clases estaban ya avanzadas y siempre a un colegio distinto.

Desde el divorcio de sus padres, cuando tenía cuatro años, Erick había estado en muchas escuelas por todo el mundo. Su madre aceptaba cada año una plaza en un lugar distinto y Erick iba con ella al siguiente destino. Al principio el cambio era una molestia: fiestas de despedida, amigos a los cuales debía decirles «adiós» y, claro, tener que comenzar de nuevo en otro lugar. Ya sabía de memoria la rutina: el profesor lo presentaría al grupo, él hablaría un poco sobre sí mismo (ya tenía bien aprendidas las cuatro frases que utilizaba cada vez) y luego les tocaría el turno a sus compañeros, que tratarían de alargar la presentación tanto como pudieran, para perder más clase.

Y fue exactamente así como sucedió. Cuando el profesor presentaba a Erick a la clase, él paseó su mirada por todas las mesas y encontró una plaza vacía junto a Marissa. Tal vez su suerte estaba cambiando. Pero, de pronto, sintió un vacío en su estómago y un escalofrío que recorrió su cuerpo. Allí estaba ella, en la segunda fila, cerca de la ventana, mirándolo con curiosidad y sorpresa. Sus ojos grises estaban fijos en él, igual que la tarde anterior, sólo que no llovía y él no estaba mojado. La respiración de Erick se cortó. ¡No era un fantasma! ¡Lo ocurrido antes no había sido un sueño! Allí estaba ella, de carne y hueso, en su misma clase.

—¿Por qué no le cuentas a la clase algo sobre ti? —Erick miró al profesor y sacudió la cabeza al darse cuenta de que seguía frente a veinticinco adolescentes sin interés.

Respiró profundamente y recitó sus cuatro frases, tratando de parecer cohibido. No funcionó muy bien, estaba todavía perdido. No podía dejar de mirar de soslayo a la chica, para asegurarse de que no desaparecía como había pasado la tarde anterior.

El profesor lo mandó entonces a sentarse junto a su

amiga, y sus compañeros se presentaron sin mucho ánimo, pero, por supuesto, de la forma más lenta, larga y tediosa posible.

Erick no prestó atención, aunque las presentaciones iban dirigidas a él. Cuando Marissa se presentó, el profesor decidió parar aquello. ¡Tantos alumnos, tan poco tiempo! Quedaban, probablemente, cinco minutos. Con resignación, el maestro les dio libre lo que quedaba de clase. Erick se levantó de su asiento y caminó hasta la segunda fila. Se paró junto a la joven de ojos grises, cuya compañera ya se había levantado y hablaba alegremente con un chico fornido, dos filas atrás.

—Hola —murmuró sin saber bien qué decir.

Ella levantó la vista. Por sus ojos cruzó un rayo de asombro, como si no esperara que él le hablara. Sonrió con suavidad, pero no respondió al saludo.

—¿Quieres un consejo? —preguntó. Su voz era suave y aterciopelada, parecía que le hablara a una pared y no a un ser humano.

—Sí, ¿por qué no? —Oyó a la distancia la campana. La chica se levantó. Entonces Erick notó que era mucho más baja que él.

Ella guardó silencio un momento más. Luego sonrió burlescamente y murmuró:

—No confíes en mí.

1

IRENE

I

Llueve. Las nubes de tormenta, grises y amenazadoras, duran ya tres días. Aun así, la niña ha salido de su casa y camina por la playa entre rocas y arena mojada. Salta de un lado a otro esquivando las olas con alegría infantil.

—¡Rea! —La niña gira su cabeza y posa sus ojillos cobalto en una figura que se dirige hacia ella—. ¡Rea!

La niña corre satisfecha hacia la figura que se acerca.

—¿Qué haces fuera?! ¡Está lloviendo! —la riñe la mujer.

—Siempre tan perspicaz —comenta Rea con burla—. ¡Juego!

—Pero está lloviendo... —Rea, fastidiada, pone los ojos en blanco.

—¿Cuál es el problema, Liz? Siempre es más divertido jugar con lluvia. ¡Pensé que tú también habías sido niña!

Un rayo cruza el cielo, ilumina el mar tomentoso y a ambas hermanas. Liz lanza, de pronto, un grito que hace que Rea se gire. Una sombra se acerca a la playa por el mar.

—¡Es él! ¡Liz! ¡Es él! —grita Rea dando saltos de excitación. Lleva esperando demasiado tiempo...

Liz la toma de los hombros y tira de ella. Trata de protegerla de aquel que viene. Una ráfaga de viento las hace caer sobre la arena. Liz abraza a Rea, intenta alejarla de allí antes de que la sombra llegue. Ésta, mientras tanto, vuela sobre el agua suavemente, sin tocar-

la y sin prisa. Va directa a tierra, hacia las hermanas que ya no pueden moverse.

Rea se levanta, con mucho trabajo ha logrado soltarse de Liz. Corre hacia el mar, hacia aquella sombra. Se interna en el agua hasta que le llega a la cintura. La sombra se acerca cada vez más. Rea abre los ojos con ilusión.

—¡Es él! —grita de cuando en cuando.

La sombra llega hasta Rea. Ella la mira como poseída. Es un hombre de gran estatura, envuelto en una capa negra que impide que la niña vea sus facciones, aunque ya las conoce... Siempre las ha conocido. La lluvia y el viento se han vuelto locos a su alrededor. Él alza el brazo. Un rayo ilumina el mar, el cielo y las figuras que se miran entre sí.

Erick los ve a todos, a Rea, al hombre encapuchado, a Liz, que al parecer no puede ver. Él siente que tampoco puede, pues todo se vuelve más y más borroso a causa de esas gotas cada vez más grandes y apresuradas de la tormenta. Al final, todo se borra.

Sobresaltado, Erick se despertó con la mirada de la baja, regordeta y vieja profesora de historia justo sobre su cabeza. La mujer parecía ofendida porque había sido interrumpida en medio de una frase sobre Napoleón.

—Creo que su compañero ha decidido unírseos de nuevo —dijo con voz, tal vez, demasiado fría—. Supongo que ya sabrá de qué estoy hablando, pues se ha tomado la libertad de dormir. Seguro que podrá responder a todas mis preguntas.

—No creo —admitió—. No me gusta la historia. No soy muy bueno en eso de las fechas.

—¿Entonces? —inquirió la mujer casi escandalizada, acomodándose los anteojos—. Si no es bueno, ¿por qué no presta atención?

—Ya se lo dije —contestó Erick—. No me gusta la historia.

A Erick le hubiera gustado decirle que su clase era aburridísima, pero se guardó las palabras. Seguramente ya tenía suficientes problemas.

—¿Por qué? —preguntó la profesora.

Erick se quedó totalmente sorprendido, pero la sorpresa no tardó en desaparecer y dejar paso a una profunda agonía. ¡¿Qué le importaban a esa momia sus razones?!

—¿Para qué aprender un montón de cosas de un montón de tipos que ya murieron? A nadie le importa.

La profesora pareció terriblemente ofendida ante ese ataque de veracidad. Se alzó con pomposidad, casi doblando su tamaño, y lo miró con ira.

—La historia —comenzó la mujer— es asunto serio. En la historia reside nuestro futuro. En el pasado podemos encontrarnos a nosotros mismos. ¿Es que acaso no comprenden que repetimos nuestro camino una y otra vez? La historia...

Erick volvió a acomodarse entre sus brazos. De nuevo aquel gran discurso sobre la importancia de la historia en su vida. La verdad ya la sabía él. Su utilidad era nula. Estaba tan aburrido que se giró para mirar a Irene, quien bebía cada palabra que la profesora decía. Sus ojos comenzaron a cerrársele de nuevo. Poco a poco, sintió cómo regresaba a la tormenta, entre la lluvia, hacia las dos hermanas y la sombra. Ese sueño... Ese sueño era...

Un zumbido lo hizo abrir los ojos una vez más. Venía de las lámparas del techo. La primera lámpara estaba parpadeando, cada vez más rápida y continuamente. Estaba justo sobre el pizarrón, donde se podía leer un esquema sobre la época napoleónica. La lámpara siguió zumbando hasta que de pronto se apagó. Una tras otra las demás comenzaron a parpadear también. Los alumnos, que hasta ese momento estaban haciendo otras cosas sin poner atención, comenzaron a mirar las lámparas. La profesora no se dio cuenta de lo que sucedía.

—De los errores pasados podemos aprender. Para no cometerlos de nuevo, para no repetir lo que sucedió. ¡¿Qué haríamos sin los héroes, los hombres que se arriesgan a vivir, que tienen la suerte de estar en un momento y un lugar preciso, para hacer historia?!

Las luces dejaron de vibrar y comenzaron a apagarse, sólo una quedó encendida. En ese momento fue palpable la oscuridad en la que se encontraban. La profesora tenía los ojos cerrados y se paseaba por el aula dando su discurso. No había notado aún que a las once de la mañana el sol parecía haber desaparecido. Sólo la lámpara hacía que no cayeran en las tinieblas.

—¿Profesora? —dijo Marissa, levantándose ligeramente de su asiento—. ¿Profesora?

—Ahora, no, Marissa —contestó la profesora, bastante molesta.

—Pero, profesora —insistió Marissa, con miedo en la voz. La lámpara que estaba justo sobre su cabeza parpadeaba. Al final sólo lanzó un chillido agudo—: ¡Profesora!

La mujer abrió los ojos. Estaba justo al otro lado de la clase y no se había dado cuenta de que estaban a oscuras. Sólo dijo, enfadada:

—¿Qué quiere? Le dije que...

De pronto, la luz sobre la cabeza de Marissa dejó de parpadear. Erick supo enseguida lo que sucedería. Trató de tomar a su amiga para ocultarse con ella bajo la mesa, pero Marissa fue más rápida y se levantó en cuanto la luz se normalizó. Erick se dejó caer al suelo, bajo la mesa. Enseguida la lámpara explotó, causando conmoción general. Un olor a quemado impregnó el salón. Los alumnos comenzaron a gritar, se oyeron caer sillas y la voz de la profesora que quería calmar a sus alumnos sin mucho éxito.

Erick se levantó. Marissa ya se había alejado, caminando lentamente y con un control impresionante sobre sí misma. Tenía un aplomo que sorprendió a Erick.

—Dejen de gritar —ordenó a sus compañeros con voz temblorosa, pero con decisión. Todos obedecieron al instante. Marissa no había dejado lugar para objeciones.

—¡La puerta está atascada! —chilló alguien entre la multitud de figuras que se apretaban en la salida.

—Cálmense, sólo se van a lastimar —luego movió su cabeza buscando a alguien en la oscuridad—. Greg —rogó—, intenta abrir, por favor.

En ese momento se oyó un nuevo chasquido. Los cristales de las ventanas comenzaron a vibrar. Los alumnos se abalanzaron contra la puerta, los gritos volvieron a oírse. La profesora ya no intentaba calmar a nadie. Greg, que era un chico bastante fornido y grande, empezaba a desesperarse y golpeaba la puerta con fuerza.

Erick iba a intentarlo también cuando de pronto sintió un escalofrío. Se dio la vuelta y descubrió a Irene frente al pizarrón. Allí se leía, con grandes letras plateadas:

Donde la soledad no existe
Donde los sueños se cumplen
Puedo llevarte allí
Búscame

Irene sintió la mirada de Erick. Una vez más pareció que todo sonido desaparecía y volvía la pesadez de la primera vez. Erick comenzó a tensarse, quería liberarse de esa sensación. La niña frente a él no le hablaba, no le había dirigido más palabras que su extraño consejo; por alguna razón quería obedecer y no hacerle caso, olvidar que existía. Apretó los puños, casi a punto de hacerse daño. Finalmente, logró cerrar los ojos y los gritos regresaron por un segundo. Los cristales seguían vibrando, parecían a punto de explotar. Los alumnos se habían lanzado al suelo y se cubrían entre sí.

Erick abrió los ojos y, de pronto, todo terminó. Las lámparas se encendieron, los cristales dejaron de vibrar y regresó la luz al aula. La puerta se abrió y golpeó la pared. Los alumnos comenzaron a levantarse lentamente; se miraban y empezaban a comentar el hecho. Erick no dijo nada, caminó hasta su mesa y guardó sus cosas en la mochila, antes de dirigirse hacia la puerta. La voz de la profesora lo detuvo. Estaba frente a la puerta, totalmente pálida, temblaba ligeramente. Respiró profundamente antes de decir:

—Está castigado. Venga a verme en el recreo.

Después lo dejó pasar. Erick respiró profundamente, para calmar los ánimos de asesinar a esa mujer. Salió al pasillo, donde Marissa lo esperaba.

—¿Qué sucedió? —le preguntó ella en un susurro.

—No lo sé —contestó en el mismo tono.

—Por supuesto que lo sabes. Algo sabes, al menos.

Erick negó con un gesto, pero fijó su mirada en Irene, quien caminaba frente a ellos.

—No sé nada, pero estoy seguro de que Irene sí.

Marissa levantó la vista y observó a Irene un segundo. Cambió de tema abruptamente, como siempre que la joven salía a colación. ¿Qué tendría Marissa con Irene que evitaba siempre hablar sobre ella?

—¿Te castigó La Mole?

Erick se rió ante el apodo, pero asintió. Marissa sonrió.

—No te preocupes —dijo antes de guiñarle un ojo—. Estoy segura de que aprenderás a dormir con los ojos abiertos muy pronto.

Erick sonrió. Todavía estaba preocupado, como los demás, pero nadie volvió a mencionar el hecho. Un acuerdo nunca expresado se asentó entre todos los miembros del salón: jamás hablar del incidente.

II

Irene se dejó caer cerca de un árbol. Sacó de su mochila unos papeles y los hojeó despacio. Releía pasajes enteros y sonreía con ilusión. Al llegar a la última página, miró la firma al final de la carta y esbozó una ligera sonrisa. La dejó sobre la hierba y sacó entonces de su mochila un cuaderno y una pluma. Comenzó a escribir la respuesta. Era para su abuela, con la que se escribía casi semanalmente. Irene adoraba a su abuela, era la persona que más quería de todo el universo. Si de ella hubiera dependido, habría estado viviendo con ella y no con su desastrosa familia.

Cerró los ojos. El viento soplaba. La noche anterior había vuelto a llover. Irene se dejó caer hacia atrás. Apoyó su cabeza en la hierba y se dejó ir.

De pronto, algo interrumpió el hilo de sus pensamientos. Su mundo, que apenas había podido ver, desapareció como si de humo se tratase. Frunció el entrecejo y abrió los ojos. La hierba ya estaba seca y ella no podía dejar de pensar en él.

¿Quién se creía que era? ¿Por qué la miraba en cada clase? ¿Qué esperaba que ella hiciera? Había pensado que terminaría por aburrirse de mirarla. Creyó que olvidaría el consejo y se iría. Se iría como todos los demás. ¡Pero no!

Negó con fuerza. ¿Por qué seguía dirigiéndole aquella insistente mirada? ¿Qué esperaba? Movié la cabeza y miró hacia el cielo gris, probablemente habría una tormenta antes de que anocheciera.

Lo había conocido en una tormenta. El efecto que le había causado a ella verlo, ¿lo compartiría él? Negó y siguió mirando las nubes que pasaban. ¿Por qué habría de haberle causado alguna impresión? Aun así, siempre era lo mismo. Ya lo había descubierto muchas veces mirándola. ¡¿Qué quería?!

—Hola, Irene —murmuró una voz cansada. Su portadora se dejó caer junto a ella.

—Hola Sofi —contestó ella sin mover la mirada del cielo.

Sofía... Sólo ella se había quedado, pero Irene creía que había sido por necesidad.

—La próxima vez que se me ocurra seguir a Marissa trata de detenerme. ¡Pensé que por faltar a clase todo valía la pena! —La recién llegada gritó—: Todo menos esto. ¡Es el peor castigo de mi vida!

Irene rió.

—¡No es gracioso! —la riñó su prima. A continuación, echó una mirada despectiva a los libros que llevaba.

Con gesto aburrido, Sofía sacó un aparato de música de su mochila y se colocó un auricular en el oído. Ojalá la música lograra calmarla.

Irene giró y se apoyó en el codo. Miró a su prima, que comenzaba a tararear una melodía mientras movía el pie siguiendo el ritmo. Tenían casi la misma edad. En realidad, Sofía era unos meses mayor que Irene.

Sofía era alta, esbelta, de piel morena y cabello oscuro. Sus ojos, que mantenía cerrados, eran pequeños y de color ave llana. Tenía el cabello más corto que Irene, por los hombros, y en ese momento lo llevaba en muchas trencitas que, por lo que Irene sabía, se las había hecho una de sus compañeras el día anterior.

Sofía sintió la mirada de Irene y le ofreció el otro auricular. Irene negó con una sonrisa. Tomó una vez más el cuaderno y se colocó boca abajo para escribir. No podía concentrarse. Casi nunca le costaba tanto comenzar. ¡Escribía a su abuela! ¿Por qué no iba a confiarle también aquel misterio con dos piernas que era Erick?

Negó. No podía. La mirada de Erick era su secreto, su sonrisa al hablar y, a veces, cuando la miraba... No iba a compartir eso con su abuela. Cerró su cuaderno y se quedó mirando la hierba.

Marissa y Erick eran buenos amigos. Frunció de nuevo el entrecejo. «Pero no pueden ser algo más —se dijo a sí misma—. Está Greg para impedirlo.» Se repitió aquello como un mantra varias veces. ¡Greg jamás dejaría que alguien se acercara a Marissa!

—¿Sabes algo...? —preguntó casi sin atreverse—. ¿Algo de Marissa y... Erick?

Trató de no sonrojarse. Sofía alzó la cara y miró a su prima, sorprendida.

—Marissa no me ha dicho nada. ¿Erick? Es el tipo que va con ella a todas partes, ¿verdad? Me dijo sólo que eran buenos amigos. Al parecer, sus madres se conocen. Y, además, Greg no dejará que pase nada entre esos dos. Me sorprende que aún no haya amenazado de muerte a Erick como a Franco.

Irene asintió. Greg no lo permitiría; podía confiarle a ese gigantón aquel trabajo. Era lo único que había encontrado para confiarle desde hacía mucho tiempo.

—Bueno, pero ¿por qué preguntas?

Irene se alzó de hombros. No podía decírselo. ¡Ni a Sofía podía contárselo! Se levantó y volvió a guardar el cuaderno y las hojas en su mochila. Era caso perdido tratar de escribir en la escuela. Volvió a acostarse con la vista en el cielo.

¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Por qué de pronto lo tenía en la mente? ¿Qué tenía él? ¿Por qué? Erick. Susurró con cuidado su nombre, trató de que Sofía no la oyera. Un escalofrío la recorrió y sonrió hacia las nubes.

Él era todo un misterio. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no se aburría? ¿Por qué?

Irene había aprendido desde pequeña que no debía encariñarse con las personas. Para ella todos se iban, todos desaparecían y se esfumaban. Había llegado a la conclusión de que se aburrían, de que se hartaban... Cerró los ojos y se sumió en oscuridad.

Había entrado antes al colegio porque la casa solitaria y vacía nunca le había agradado. Su madre la había mandado un año antes de lo que le tocaba, y allí estaba ahora: lejos de los chicos y chicas de su edad, lejos de su prima y cerca de adolescentes que no le hacían caso, a los que no les importaba. Había estado con ellos desde primero, desde antes tal vez. Conocía a Marissa desde que las dos eran niñas, pero también se había aburrido de ella.

Lanzó un gemido silencioso que sólo ella pudo oír. Pero él no. ¿Qué veía él en ella? Ya habían pasado dos semanas. No se habían dirigido la palabra ni una vez desde el consejo que ella le había dado. ¿No podía ser normal y olvidarse de ella como todos los demás? ¿No podía tomarla como una pieza de mobiliario, de escenografía, de nada?

Eso era lo que más perturbaba a Irene. Estaba acostumbrada a las burlas y a ser nada y nadie. Pero jamás alguien la había mirado de esa forma o había mostrado interés por ella de aquella manera. Bueno, sólo cuatro personas: Sofía, su abuela, Franco y la señora Endrino, que a su manera también se habían ido.

Abrió los ojos y alejó esos pensamientos de su cabeza. No quería estar sola. No estaba sola... No. Mientras ellos estuvieran con ella, todos ellos, no estaba sola. Sonrió con suavidad. La campana tocó a la distancia.

Oyó un murmullo de disgusto por parte de Sofía, que se levantó. Abrió los brazos y miró a Irene con una sonrisa sarcástica.

—Bueno, me voy a trabajar. Pasaré las siguientes horas llevando libros de aquí allá —esbozó una mueca de disgusto—. Pero, bueno, espérame para comer, ¿sí? Trataré de no entretenerme.

—Si tardas, comeré. Tengo práctica, Sofi.

La trigueña asintió, se echó la mochila al hombro y tomó la pila de libros con la que había llegado.

—Hasta la comida, Irene.

—Hasta entonces, Sofi.

Sólo Irene la llamaba Sofi. Sólo ella, que se había acostumbrado desde siempre a llamarla así. Sofía vivía con Irene y su familia en una casa de dos pisos no muy lejos del colegio.

Irene llegó al aula de música a tiempo y esperó pacientemente para ver a Erick. El chico no llegó hasta transcurrida la mitad de la siguiente clase. Irene lo miró desde lejos oculta tras sus apuntes. Él no se había dado cuenta de que ella lo miraba, estaba segura. Sólo cuando sus miradas se cruzaban, pero eso era algo que Irene trataba de que no sucediera.

Antes de salir del colegio fue a buscar su paraguas a los casilleros. Se acercaba la lluvia. Miró a los alumnos que pasaron junto a ella y sonrió débilmente. Todos reían y hablaban. ¿Debía culpar a su madre por haberla sacado de un año de soledad para condenarla a doce?

Caminó por las calles pensando. El viento frío había llegado por fin y ya pocos árboles tenían hojas. Irene abrió su paraguas cerca de la bifurcación hacia su casa, en cuanto sintió las primeras gotas de lluvia sobre ella.

—Ya llegué —murmuró bajito al abrir la puerta de su casa. Se quedó en el umbral. Cerró la puerta y se apoyó en ella con tristeza contenida. Todo estaba silencioso, desde la mañana no había nadie.

Sus pisadas retumbaron por toda la casa. Caminó casi sin hacer ruido hasta su cuarto. Miedo al silencio, miedo a la oscuridad, miedo a la soledad que la rodeaba. Subió las escaleras tras quitarse los zapatos, que llevó en las manos. Conocía los viejos peldaños de madera, que tronarían si no tenía cuidado.

Cuando llegó a su cuarto la luz entraba por las ventanas. Era el lugar más iluminado de la casa. Dejó la mochila y los zapatos junto a la puerta y entró en su habitación con aire

ido. Era pequeña y estaba alfombrada. Suspiró, colocó en la grabadora un disco y la música remplazó el silencio. Se sentó en la cama y se dejó caer entre los almohadones. Cerró los ojos y esta vez sí entró a aquel mundo que era sólo suyo. Y Erick quedó reducido a una sonrisa en la parte de atrás de su mente. Una sonrisa y una mirada persistente que no dejaban a Irene pensar coherentemente. Ya no.

III

Cuando Erick llegó a su casa se sentía mal. Definitivamente, al día siguiente se llevaría un paraguas. Esa ciudad estaba haciendo que odiara la lluvia. ¿Tenía siempre que diluviar así sobre él? Además, justo en aquel momento parecía que estaba terminando de llover.

Al menos esta vez no se había caído en un charco, aunque tampoco había visto a Irene. Marissa ya le había dicho dónde vivía. Bueno, no Irene, sino su prima Sofía. Ella también estaba castigada y se habían ayudado en sus respectivas tareas. Marissa le había enseñado después dónde vivían las primas. Sonrió cuando abrió la puerta. Por fin en casa.

—Me alegra que hayas decidido llegar. La comida ya está fría —comentó su abuelo cuando pasó por el comedor.

—Tuve que quedarme después de la escuela —dijo Erick.

—Además, estás mojando el piso.

Erick miró el lugar donde estaba de pie, se estaba formando un charco.

—Voy a cambiarme, abuelo —murmuró antes de correr escaleras arriba. Hasta allá le siguieron los gritos de su abuelo.

Bajó poco después, se había cambiado y no paraba de maldecir el clima. El mal humor no parecía dispuesto a desaparecer.

—Tendrás que comer todo frío —le explicó su abuelo cuando entró a la cocina.

—Puedo calentarlo.

—No —contestó tajante el anciano—. Tienes que llegar temprano si quieres comer las cosas calientes, no vamos a estar sirviendo a la hora que se te da la gana.

— Tuve que quedarme después del colegio. Ya te lo dije. No podía venir a casa.

—¿Y qué era tan importante? —preguntó su abuelo con enfado. Erick bajó la cabeza. ¿Podía decirle a su abuelo que se había quedado dormido en clase y qué por eso lo habían castigado?

El abuelo de Erick era un hombre viejo, calvo, algo gordo y que amaba la jardinería. Era huraño y difícil de tratar. Chappedo a la antigua y algo cabeza dura. Erick no podía creer que tendría que vivir con él un año. ¡Apenas podía soportarlo unas semanas!

—Me castigaron —explicó suavemente.

El abuelo de Erick se puso rojo y lo miró con ira.

—¿Por qué?

Erick se imaginaba lo que seguiría, pero aun así aceptó, arrepentido.

—Me dormí en clase de historia. Llegaré tarde hasta la próxima semana.

El anciano observó a Erick tratando de descifrar si aquello había sido una broma. Al comprender que no lo era, lanzó una maldición.

—¡¿Castigado?! ¡¿Castigado?! —caminó hasta Erick. Se veía imponente, como un oso a punto de atacar—. ¡Sólo llevas dos semanas de clase! ¿Cómo puedes estar castigado?

Erick se proponía responder, pero su abuelo fue más rápido.

—¡Te he soportado tus caprichos los últimos días! ¡No sé cómo te crió mi hija, pero desde niño no has hecho más que

empeorar! ¡Vas a aprender lo que es disciplina! ¡Tu madre ya me había hablado de tu antiguo colegio!

Erick se levantó de la silla. No sabía por qué estaba más enojado, si por la alusión a lo que había pasado el último año o por cómo su abuelo había hablado de su madre.

—¡No me importa lo que pienses! —explotó en la cara del anciano—. ¡No tienes derecho a criticarme a mí ni a mamá! ¡No nos conoces! ¡Nos has visto a lo mucho unas cuantas semanas cada dos años desde el divorcio de mis padres! ¡Para mí, tú eres un extraño!

—¡No voy a permitir que me hables en ese tono! —chilló el abuelo.

—¿Y qué vas a hacer?!

El viejo pareció dudar antes de soltarle una bofetada a su nieto.

—No vuelvas a hablarme con tan poco respeto, niño. No sabes de qué hablas. Eres sólo un niño.

Aquella afirmación y el golpe que le quemaba la mejilla enfurecieron más a Erick. Temblando de pies a cabeza, miró a su abuelo y luego salió de la casa. Iba caminando furioso por el jardín cuando tuvo la grandiosa idea de pisotear las flores favoritas de su abuelo, aquellas que estaban cerca de la verja de los vecinos. Tras hacerlo se sintió un poco mejor, pero sólo un poco.

Al menos en ese momento no estaba lloviendo, se consoló.

—¡Ojalá el viejo se vaya a la mierda! —Una mujer que pasaba, se escandalizó ante la expresión.

Erick siguió gritando, pero en sus adentros. ¡Ese hombre no tenía ningún derecho! ¡No tenía derecho a golpearlo!

Ya de por sí no podía soportar a ese anciano. Nunca se habían llevado bien y jamás se habían agradado. ¿Por qué había tenido su madre que dejarlo allí? Aquella ciudad lo enloquecía. Comenzó a ir y venir por las calles como león

enjaulado. ¡Quería salir de allí! ¡No quería volver con su abuelo! Sólo llevaba dos semanas con él y ya no podía más. Nunca se había acostumbrado a que lo mandaran aquí y allá, a que lo regañaran y trataran como un niño. ¡Ni su madre lo trataba así!

Él había aprendido a lidiar con sus errores y a ser independiente. Al vivir con su madre debía serlo; ella estaba poco en casa. Desde niño había tenido que aprender a moverse en grandes ciudades y a saber juzgar a la gente. ¡Y ahora venía su abuelo a tratar de educarlo! ¡Que se fuera a la mierda él con sus malditas reglas y órdenes!

Aquella ciudad lo sacaba de quicio. Aparte de Marissa, no había conocido a ninguna otra persona interesante. Se detuvo en medio de la calle. Había conocido a una persona: Irene. Esa chica que lo sacaba de sus casillas y que no lo dejaba pensar, que seguía como el primer día, igual de distante. ¡Ya no entendía nada! Tan enfadado estaba que decidió terminar con aquello de una buena vez.

Echó a andar rápidamente, decidido. Durante toda la tarde había evitado pensar que por fin sabía dónde vivía, y se había dicho que no iría ni trataría de hablar con Irene fuera de la escuela. No obstante, en aquel momento se dirigía hacia allí. Iba a solucionar el misterio de Irene de una vez por todas. ¡Ella y su abuelo dejarían de molestarlo! ¡Ya no quería oír al anciano! ¡Ya no quería pensar en Irene!

Llegó frente a la casa y cruzó el jardín. Se oían voces dentro. Tocó el timbre. Las voces aumentaron, algunos gritos. Finalmente, fue Sofía quien le abrió.

—Oh, eres tú —murmuró con desagrado—. Veo que por fin lograste sacarle a Marissa mi dirección. ¿Qué quieres?

—Estoy buscando a Irene. —Eso pareció sorprender a Sofía.

—¿Qué quieres con Irene? —había adoptado una apariencia de perro guardián que no iba con ella.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con ella.

—¿De qué? —Sofía no parecía dispuesta a dejarlo pasar.

Erick suspiró.

—Vengo a hablar del consejo que me dio hace semanas.

¿Ya puedo pasar?

—¿Qué te dijo?

Erick le contó lo que le había dicho Irene. Sofía sonrió divertida.

—¿Por qué desperdiciaría su mejor consejo en ti? —se preguntó—. Está arriba. Es fácil. No hay pérdida, giras la esquina y verás una escalera, sube. Irene está allí.

—¿No puedo...?

—No —contestó con fuerza.

Erick, cada vez más molesto, giró la esquina y se encontró con la escalera. Subió sin mucho ánimo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cuál era la verdadera razón que lo llevaba a ese lugar?

Llegó arriba y pudo ver a Irene. Estaba sentada sobre el techo. Debía de haber una trampilla, seguramente Irene subía allí desde su cuarto.

Ella estaba sentada, dándole la espalda. En cuanto lo oyó se volvió. Pareció extrañada al verlo allí.

—¿Erick? —preguntó suavemente.

—Hola, Irene.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte.

Irene pareció aún más pasmada.

—¿Viniste a... verme? —repitió como si no lo creyera. Él asintió—. ¿Qué quieres?

—No estoy seguro, pero debo decirte que ya estoy hart.

—¿Harto?

—Es que algo tienes que no me permite dejar de pensar en ti. No sé nada de ti, no hemos hablado nunca. ¡Ni yo lo entiendo!

Los ojos de Irene se abrieron, parecía contener la respiración. La verdad era que ella creía que estaba soñando aquello.

—¿Qué? —preguntó.

—Sé que me oíste.

Irene parpadeó y se acercó a Erick. Estiró la mano y tocó la mejilla de él. Al darse cuenta de que no estaba soñando, la retiró con rapidez.

—Quiero saber quién eres —murmuró Erick. Irene lo miraba sin creer lo que pasaba.

¡Él quería saber sobre ella! ¡Él no se había ido! ¡Él estaba allí! ¡Él!

—Hay algo que debes saber de mí —murmuró. Su voz era suave y temblaba ligeramente.

—¿Qué? —El enfado de Erick había desaparecido. Aquello lo intrigaba.

—Tengo que contarte algo sobre Vâudiz.

Erick repitió el nombre, extrañado.

—Si no conoces Vâudiz, no puedes conocerme a mí.

—¿Vas a contarme un cuento? —preguntó al comprender.

—Sólo si quieres —bajó la mirada. Se estaba sonrojando, demonios, ojalá que él no lo notara.

Erick la miró y sonrió.

—Está bien, Irene. Si tengo que hacerlo para dejar de pensar en ti, incluso cuando grito a mi abuelo, oiré tu historia.

Irene asintió y regresó al lugar donde había estado sentada.

—Bueno —susurró, como si todo aquello fuera un gran secreto—. En aquel entonces ella era sólo una princesa. Su madre acababa de morir. Su aventura comenzaba ese día, una aventura que la alejaría de todo lo que conocía. Ella se llamaba Nannerl...

Pareció que los nubarrones grises sobre sus cabezas se de-

tenían. Alrededor de ellos se asentó una burbuja, se hizo un silencio.

Ya no había duda...

...Había comenzado